

CONFERENCIAS INFANTILES.

III.

BARBARISMOS Y GALICISMOS.

Lo que hoy os voy á decir, queridos amigos míos, aunque triste en el fondo, será entretenido y alegre en la forma, circunstancia que lo hará propio de estos días, en que el mundo y el hogar cristianos se regocijan con la conmemoracion del nacimiento del Hijo de Dios.

En las escuelas á que asistís os enseñan la gramática de la lengua castellana (y debo advertiros, aunque sea entre paréntesis, que castellana se debe llamar y no española, porque así se distingue de otras lenguas que hay en España, que son la vascongada y la lemosina, sin contar los dialectos asturiano y gallego); pero si bien os da la gramática algunos ejemplos de lo que es el so-

lecismo y el barbarismo, no se entretiene en señalaros, para que huysais de ellos, una porcion de vicios que se van generalizando en nuestra rica y hermosa lengua castellana por causas de que más adelante os hablaré.

La misma riqueza de nuestra lengua y la diversidad de lenguas y dialectos provinciales contribuyen á una buena parte de los modismos viciosos que se advierten en los que hablan y áun en los que escriben el castellano. Os citaré algunos ejemplos de estos modismos: Es muy comun en los catalanes, cuando hablan el castellano, la frase «en aquel entónces», que tengo por un disparate, y con frecuencia se ven en Cataluña certificaciones que empiezan: «Como á secretario de ayuntamiento que soy, etc.», lo que me parece disparate áun mayor. Tambien os disuena-

rá mucho, cuando leais periódicos catalanes, la palabra *continuar*, con que generalmente se sustituye en ellos la de *insertar* ó *publicar*. Los vascongados suelen omitir el artículo diciendo, por ejemplo, en lugar de «*Lo has echado á perder*», «*A perder has echado*», y confunden el masculino con el femenino y viceversa, lo que es efecto del genio especial de su lengua materna. Los asturianos no dicen «*voy á casa*» sino «*voy para casa*.» Los gallegos alteran los tiempos de una manera que induce en frecuentes confusiones, y apénas usan más que el presente. Un gallego no dice «*nací en Galicia*», sino «*he nacido en Galicia*.» Un dia pasaban por la Puerta del Sol dos hombres hablando, y un comisario de policía, oyendo decir á uno de ellos: «*Le ha partido el corazon de una puñalada*», se apresuró á preguntarle dónde se habia cometido el homicidio, y resultó que se habia cometido en la Coruña hacía veinte años. En Castilla la Vieja tiene tambien el lenguaje modismos particulares: en la provincia de Salamanca es muy comun la contraccion de algunos verbos, diciéndose, por ejemplo, «*trajon*» y «*tuvon*» por «*trajeron*» y «*tuvieron*», y hácia Valladolid se huye tanto del *los*, como preposicion y posposicion, que se dice «*mírales*» y «*mátales*», en lugar de «*míralos*» y «*mátalos*», que es la terminacion, no mejor, pero sí más usada. Por el contrario, los andaluces y murcianos tienen tal aficion al *loismo*, que han logrado inficionar con él hasta á los

académicos de la lengua. Y digo inficionar, porque el *lo* y el *le* tienen su lugar respectivo é inconfundible en la gramática castellana. —«¿Sabes que ha venido Juan?— Ya *lo* sé.— ¿Cómo *lo* sabes?— Porque *le* he visto.» Es muy frecuente oír á un meridional: «No me olvide V., porque ya sabe que *lo* quiero», y empleando el *lo* en lugar del *le*, dice lo que no ha querido decir.

Leed á nuestros buenos hablistas de los siglos XVI XVII, y veréis que rara vez hacen del *lo* otro uso que el que la buena gramática le señala.

El que va invadiendo nuestra lengua lastimosísimamente es el galicismo, ó mejor dicho, el extranjerismo, porque no es sólo la francesa la que influye perniciosamente en ella. Donde, sobre todo, se echa de ver esto es en Madrid, examinando las muestras y los anuncios de los establecimientos comerciales.

Lo primero que llama la atención es la tonta manía del *Á la* ó el *Al* que se antepone al título de los establecimientos. *Al Oso blanco*.—*Á la Villa de Biarritz*.—*Á la Corona de oro*.—*Á los Diamantes americanos*.—*Á la Ciudad de Nueva-York*.—*Á la Garza real*.—*Á la Exposicion de Viena*... ¿Qué significan estas *alas* y estos *alos*? Lo único que significan es que abunda en España el *ganado imitador*. Hacen nuestros tenderos un viajecillo á Francia, ven que allí se usa tal ó cual locucion en las muestras, y la reproducen en Madrid tal como suena, sin pensar que en Francia se habla el frances, y en España

el castellano, y lo que en París no está reñido con la gramática, en Madrid es un insoportable barbarismo.

Ya no dicen nuestros tenderos, por ejemplo, «pañuelos de hilo puro», «surtido de calzoncillos», «surtido de capas», «relojes de oro», «cadenas de plata», «paños superfinos.» Lo que dicen es «pañuelos de puro hilo», «surtido *en* calzoncillos», «surtido *en* capas», «relojes *en* oro», «cadenas *en* plata» y «paños extrafinos», si es que no se contentan con decir «paños *extra.*»

Café Fornos, teatro Martin, Salon Eslava... son denominaciones que en Francia serian muy corrientes y gramaticales, pero que en España rechaza la buena sintáxis porque con arreglo á ella dicen lo que no quieren decir: el llamado Teatro Martin no es un Martin Teatro, sino un teatro *de* un Martin.

Y qué dirémos de los que traducen la palabra francesa *ville* (que corresponde á ciudad) por *villa* y la plantan así en la muestra de su establecimiento? En la calle de Espoz y Mina hay una muestra que dice «Villa de Nancy», y otra que dice «A la villa de Biarritz.» Ved aquí cómo, por virtud de los malos traductores, se ha equiparado á un villorrio con una gran ciudad.

Ahora se ha hecho de moda entre nuestros tenderos la advertencia de que venden «á cualquier precio aceptable.» Pareciéndoles sin duda la frasecilla una gran agudeza, se apresuran á copiarla de los que á su vez la copiaron de algun charlatan extran-

jero, pues estas *gracias* ni siquiera suelen tener el mérito de la originalidad, y no les ocurre pensar que es simplemente una perogrullada que á nada conduce.

En los anuncios se ven cosas muy buenas... para mortificar el buen gusto y áun el sentido comun. Estos dias anuncia un tendero que vende camisas «de todo hilo», queriendo decir que son todas de hilo, y un vendedor de turrónes se califica de «proveedor que fué de la ex-reina», en lo cual se equivoca de medio á medio, pues lo fué de «la reina» solamente.

Ya que hablamos de muestras y anuncios, no debo pasar en silencio, porque es muy curiosa y prueba la elasticidad de nuestra sintáxis, la sustitucion que se ha hecho en la muestra de una afamada pescadería de la calle Mayor. Decia la muestra: «Proveedor de S. M.», y estas dos iniciales se han sustituido con unos pescados ó peces de relieve, de modo que ahora dice la muestra: «Proveedor de pescados.» Es ingeniosa y no disparatada la sustitucion, pero da lugar á considerar lo acomodaticia que es la sintáxis castellana, porque sin haber variado el régimen se ha variado el sentido, sin detrimento de la gramática.

He querido, amigos míos, llamar vuestra atencion hácia las herejías que van invadiendo, sin escándalo de la generalidad de las gentes, nuestra hermosa lengua materna, para que en lo venidero pongais cuidado en apartarlas de vuestro labio

y vuestra pluma. No tengo pretensiones de purista, pero si de buen español, y deseo que vosotros lo seais de palabra y obra.

Ea, pasad bien las Pascuas y has-

ta el año que viene, pues no pienso volver á dirigiros la palabra mientras andeis con el turrón entre dientes.

ANTONIO DE TRUEBA.

POESÍA.

Á LOS APRECIABLES Y ESTUDIOSOS NIÑOS

AGUSTIN Y PEPITO UGARTE.

Al ver á un niño inocente
Nuestro Salvador decia :
« Dejad que la mano mia
Vengan tiernos á besar,
Que los niños son las flores
De los verjeles del cielo,
Flores que aroman el suelo
Y nos enseñan á amar. »

Pensando, al mirar los niños,
De Dios en el alto ejemplo,
Gusto verles en el templo
Con su sencillo candor,
Las manecitas uniendo,
Y diciendo de rodillas
Esas palabras sencillas
De súplicas y de amor.

Gusto ver cómo sus frentes
De emocion se colorean ;
Mirar cómo centellean
En su mirada infantil
El temor y el entusiasmo

Cuando el órgano resuena
Y el sagrado templo llena
Con su cadencia sutil.

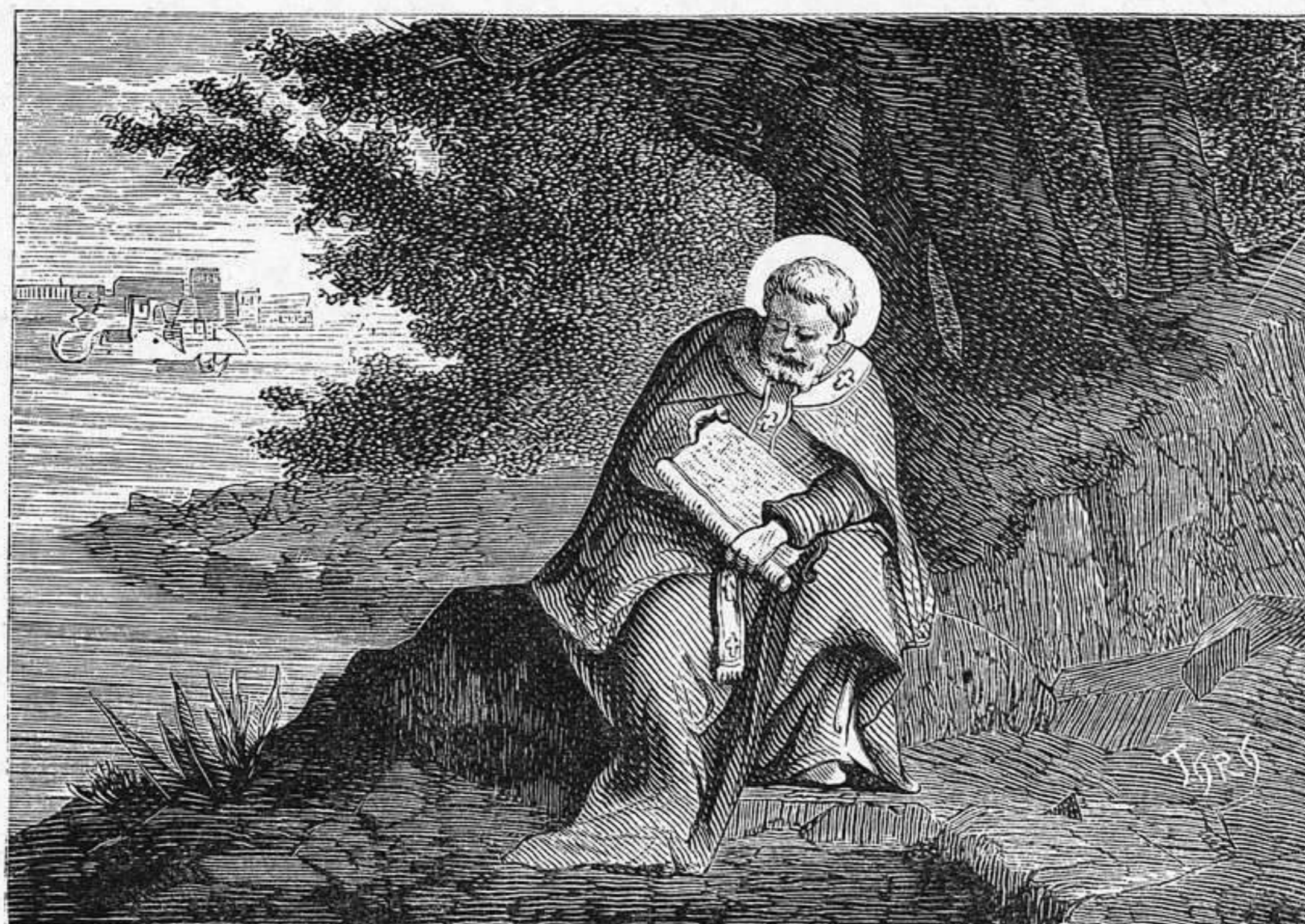
Sus puras y amantes almas
Se asoman á las pupilas
De esas miradas tranquilas
Que revelan la emocion,
Y espejo de nieve y rosa
Parecen sus puras frentes,
Donde en rasgos transparentes
Se refleja la oracion.

Yo amo, pues, estos capullos
De los jardines del cielo,
Que desplagan en el suelo
Su cáliz angelical :
Yo amo, niños, la inocencia
Que en vuestras almas se anida,
Porque es vuestra dulce vida
Un reflejo celestial.

FLORENTINO DE ZARANDONA.



VIDAS DE LOS SANTOS.



SAN CIPRIANO.

Nació San Cipriano en Cartago; su padre era senador. Sus principios fueron viciosos y llenos de los errores paganos; no obstante lo cual, contrajo una gran amistad con un sacerdote virtuoso de Cartago, llamado Cecilio. Afectado por los discursos que le oía sobre las excelencias de la Religión cristiana, comenzaron á agradarle las verdades divinas y la santidad de la moral evangélica; mas como quiera que su corazón seguía dominado por el amor mundano y por la fuerza de las pasiones, sostuvo consigo mismo luchas muy violentas. Sin embargo, la gracia consiguió triunfar de todos los obstáculos. Cipriano abrazó el cristianismo, haciéndose bien pronto

un modelo de todas las virtudes. Entregóse con ardor á leer la Sagrada Escritura. Conmovido por los elogios que los divinos oráculos dan á la continencia y á la pureza, resolvió practicar estas virtudes, para poder llegar más fácilmente á la verdadera perfección. Poco tiempo después de su bautismo vendió sus bienes, distribuyendo á los pobres cuanto poseía. De esta manera ganó dos puntos de gran importancia; uno, el renunciar á todas las miras mundanas, que tan funestas son por lo general, á los intereses piadosos; el otro, cumplir perfectamente la ley de la caridad, que Dios prefiere sobre todos los demás sacrificios. Fué tal su fervor, que se pidió con vivas

instancias que fuese elevado al sacerdocio; y como el obispo de Cartago hubiese muerto un año despues, obligaron á Cipriano á que le sucediese; cuantos más esfuerzos que hacía para que no se le nombrase, más

digno se le juzgaba. Su amor á la Iglesia romana se manifestó en sus numerosas obras. Despues de ocho años de episcopado, terminó con el martirio su santa vida, el año 258.

METAMÓRFOSIS CASTELLANAS.

TOLA.

Gobernando con recta bondad sus estados, que por ambas márgenes del humilde Manzanáres se extendian, habitaba tranquilo en su castillo de almenadas torres el noble caballero D. Ruy de Silva, señor de todas las tierras que forman hoy la córte y sus contornos.

Habia entregado corazon y mano á una hermosísima señora de nevado cuello y rubia cabellera, nacida diez y ocho abrilés ántes bajo el azulado manto del cielo de la Italia, y ambos vivian juntos de continuo, ora siguiendo en los espesos bosques al cerdoso jabalí y al tímido venado, al estruendo de trompas y monteros, ora reposando en la ardorosa siesta entre amores y caricias bajo los verdes y frondosos árboles.

Mas ¡ay! que en mal hora para ellos llególe cartas á D. Ruy en que le llamaba el monarca de Castilla, mandándole salir en hueste para hacer la guerra á los alarbes. ¡Cuán grande fué entónces el dolor de ambos! Aguijoneábale á Silva el honor para salir á la pelea, y parábale luego el tiernísimo amor que á su esposa profesaba. Despidióse, en fin, de Tola, que así se llamaba la italiana, y preparadas sus tropas, salió una

mañana del castillo, cuando el alba teñía el horizonte de sonrosadas tintas y los pajarillos saludaban al naciente dia con trinos y gorjeos.

Desde una ventana miraba Tola, caballero en brioso corcel de luegas crines, al gallardo Silva, que, reflejando el sol en sus lucientes armas, parecia una ascua de oro. Ahogaban los sollozos su garganta, y sus ojos llenáronse de lágrimas cuando D. Ruy, volviéndose hácia ella, dióle el último adios, y picando el caballo desapareció en breve entre espesa polvareda, matizada con las chispas que despedian las brillantes armas.

Bañada en llanto y asomada á los adarves del castillo pasaba Tola desde entónces los dias y las noches en perpétuo insomnio, dando al viento sentidas quejas, y creyendo ver en cada nacarada nubecilla el polvo alzado por las huestes de su esposo, que vencedor se aproximaba.

El cual, en tanto, terror de las lunas agarenas, ceñía su frente de laureles, anhelando el momento de ponerlos á las plantas de su lejana y adorada Tola. Mas sucedióle un dia que, metiéndose en lo más reñido de la pelea, dió su caballo en el suelo, muerto por traidora flecha, y él, cu-

bierto de heridas, en poder de los infieles, los cuales, despues de tenerle mucho tiempo cautivo en España, lleváronle al Africa á cultivar los jardines de un walí llamado Cidi-Güenan.

¡Cuántas lágrimas de dolor y de rabia derramó el enamorado caballero al verse, quizá para siempre, separado de su esposa! ¡Qué largos se le hicieron los tres años que pasó de este modo, viviendo tan léjos de su vida! Oyóle un dia el walí, que era bueno y compasivo por fortuna, pedir nuevas de su amada á las parleras aves, envidiando sus ligerísimas alas, y acercándose á él, con suma cortesía y bondad, suplicóle que le confiára sus pesares, que puesto que era señor suyo procuraria remediarlos, más como amigo que como otra cosa. D. Ruy contó su tristísima historia, y enternecido el arábe, prometióle trasladarle por arte mágico á los brazos de su Tola.

En efecto, al mismo instante vió Silva con asombro convertirse el blanco albornoz de Cidi-Güenan en nevadas plumas, alargarse sus babuchas encarnadas en larguísimas piernas; su turbante volverse desmesurado pico, y, en fin, todo el moro transformarse en una ave para él desconocida. Al mismo tiempo su cuerpo se estrechaba; de todos sus poros brotaban plumas..... y al mirarse en un arroyo se vió tambien metamorfoseado en pajarillo de pardo y finísimo plumaje.

Los demas cautivos, igualmente, volviéronse en negras avecillas de pecho blanco, y alzando el vuelo, perdiéronse en los espacios con Cidi-Güenan. Don Ruy, sintiéndose con fuerzas, remontóse á las nubes, y se dejó conducir por ellos.

Cruzaron de este modo los mares, las ciudades y los campos, y llega-

ron, por fin, á los huérfanos estados de Silva. Cidi-Güenan quiso ver antes que D. Ruy á la afligida señora y prepararla para tan inesperada fortuna; que tambien mata la alegría lo mismo que el pesar. Separáronse, pues: quedó Silva en un espeso bosque, y el moro siguió camino del castillo con su gente.

¡Cuán distinto estaba éste del dia en que Silva partió para la guerra! Desiertos sus vastísimos salones, abandonados sus jardines, y su mejor adorno, su más preciada joya, la hermosísima Tola, llorando entre las marchitas flores del parque, que ni sombra era ya de lo que ántes fuera. Lástima tuvo Cidi-Güenan al verla exhalar el último suspiro entre dolientes ayes, y volviola en una ave-cilla, triste cual ella, y que cual ella viste de pálidos colores y ciñe su cuello con un collar negro, señal de luto y de pesares.

No se atrevió el benéfico africano á contar tan triste historia á Silva. Lloró por algunos dias, y cuando el invierno asomaba, tendió las alas y volviése al Africa con sus gentes. D. Ruy siguió, y seguirá para siempre, huyendo la presencia de los hombres, y llamando á su adorada en la espesura de los bosques con melodiosos trinos. Tola, igualmente, es harto conocida por sus melancólicos y dolientes ayes y por su amor á la soledad, y Cidi-Güenan y sus cautivos, á quienes hoy se da el nombre de golondrinas, aparecen todos los años por nuestra tierra al asomar la primavera, anidan en las torres, por recuerdo del pasado suceso, y vuelven al Africa cuando el helado invierno se aproxima.

Los hombres, que rara vez premian á quien lo merece, no se han olvidado, sin embargo, de recompensar tanto amor y tamaña amistad, y

acordándose de la torre ó *tor* de *Tola* y de *D. Ruy*, señor de Silva, rara vez, ó acaso nunca, asestan el mortífero plomo contra tan inocentes aves; déjanlas cantar sus tristezas en los bosques á las unas y limpiar los campos de dañinos animales á las otras,

y cítanlas á todas por modelo de sencillez y de inocencia.

Tan cierto es que el bueno nunca deja de serlo en cualquier forma que viva, y que la virtud es dichosa hasta en la desgracia.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

VIDAS DE LOS SANTOS.



SANTA BÁRBARA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bárbara es venerada con particular devoción entre los griegos, los latinos, los moscovitas y los sirios; mas nada se sabe de cierto sobre su vida, y los diferentes actos que se han publicado no hacen más que oscurecer su historia. Se debe, según Baronius, dar la preferencia á los que la hacen discípula de Orígenes, y que colocan su martirio en Nicomedia, bajo el reinado

de Maximino I, el cual excitó la sexta persecución general en 255. Otros, á quienes se considera como más exactos, afirman que la Santa sufrió el martirio en Heliópolis (Egipto), bajo el reinado de Galerio, hacia el año 306. Santa Bárbara ha llegado á ser la patrona de los artilleros, acaso porque se la invoca especialmente para preservarse de los efectos desastrosos del rayo.

LIVINGSTONE,

POR

R. CORTAMBERT.

(Continuacion.)

No descansó Livingstone largo tiempo. Algunos meses despues, el 3 de Noviembre de 1855, volvió á salir para una nueva expedicion. Tra-

tábase entónces de llegar al Océano Índico. Siguió casi sin interrupcion las márgenes del Zambése, puso el nombre de Victoria, en lenguaje in-



glés, á la magnífica catarata que forma este rio, y que es digna rival del Niágara. Visitó muchas comarcas interesantes, entre otras la Batoka y los Banyai, actuales poseedores del Monomotapa. La vista de un europeo es para los indígenas motivo de una gran sorpresa; muéstranse maravillados y algo asustados; por

lo demas, su cortesía es aún más refinada que la de los Balondas.

«Para expresar su satisfaccion, dice Livingstone, se caen de espaldas, ruedan por el suelo, y se golpean la parte exterior de los muslos. Desgañitábame en gritarles que no hicieran aquello; pero se imaginaban que yo no me creia bien aco-

gido, y cuánto más disgustado me veían, con más furor se golpeaban y se daban con mayor violencia en los muslos.»

El gobierno de los Banyai es notable; es una especie de república feudal. El jefe es electivo. Pero es costumbre que el nuevo monarca rehuse, en un principio, el supremo honor que quiere hacérsele; es indigno, no tiene experiencia y es incapaz, por lo tanto, de ocupar un puesto tan elevado, terminando siempre por aceptar. No es, pues, solamente en Europa donde se representa la comedia política.

Livingstone poseía un alma justa y leal; sumamente afectuoso para todos los hombres, cualesquiera que fuesen su raza ó su color; los indígenas Makololos le adoraban; su fidelidad y sus simpatías no tenían límites; así es que su pena fué muy grande cuando, al llegar á orillas del Océano, habló el doctor de separación; echáronse á sus piés, suplicándole los llevase consigo á su país. No accedió á ello creyendo no podrían soportar el húmedo clima de Inglaterra. Hizo, no obstante, una excepción por uno de los zambesies, que le pareció de un temperamento más robusto que el de los demás. Esta gracia fué funesta para el pobre negro. Apenas se hubo embarcado, le causó tal miedo el mar, que se volvió loco, y en uno de sus ataques se evadió de sus guardianes y se precipitó en las olas.

Livingstone fué acogido con entusiasmo en Inglaterra. Partió desco-

nocido, y regresaba con un renombre europeo. Pero había olvidado las costumbres, y sobre todo la lengua de su patria. Dedicóse con ardor al estudio del inglés, y publicó el relato de sus viajes bajo este título: *Exploraciones en el interior del Africa central, de 1840 á 1856*, obra que alcanzó un gran resultado.

Livingstone no fué escritor, pero se encuentra en sus narraciones tal acento de sinceridad, que vale por todos los artificios y reglas del lenguaje. La mentira ó la simple exageración repugna altamente á su lealtad, pareciéndole una mala acción, escrúpulo muy digno de alabanza por lo raro que es.

Hemos narrado las excursiones de Livingstone en el Africa austral. Después de haber fijado en Linyanti, capital de los Makololos, el punto de su residencia, trasladóse en un principio hácia el Atlántico; después, habiendo regresado á Linyanti, ganó las orillas del Océano Indico, por la embocadura del Zambesa, atravesando en toda su extensión el vasto continente africano. El éxito de este viaje prodigioso fué debido á la reunión de las más preciosas cualidades en el sujeto que le llevó á cabo: una gran perseverancia, un valor á toda prueba, una gran firmeza de carácter que imponía á los indígenas, una equidad, una moderación que hacían desaparecer su desconfianza, granjeándole en cambio sus simpatías. Livingstone no ha sido ménos útil á la civilización que á la ciencia: ha rehabilitado el nom-

bre europeo entre las poblaciones africanas; ha conseguido, si no destruir, por lo ménos calmar los sentimientos de terror y ódio que este nombre evocaba; ha esparcido en el seno de las tribus más groseras gérmenes de progreso que no tardarán en dar fruto. En una palabra, Livingstone ha justificado su hermoso título de misionero.

En 1858 volvió nuestro gran explorador á la embocadura del Zambesa, acompañado de su mujer, sus hijos, su hermano Carlos y del doctor Kirk; su ausencia debía durar seis años; estudiar el curso del Zambesa y el de sus afluentes de la izquierda fué el objeto principal. Subió el rio con la ayuda de un vaporcito, encontrando en *Tété* á sus antiguos camaradas de viaje, los Makololos, que creyeron morir de alegría: fueron á precipitarse en sus brazos, pero un pueril temor contuvo su expansion. «No le toquemos, se decian unos á otros, estropearíamos su traje nuevo.»

Saludó nuevamente á su paso la catarata *Victoria*, arribó á Linyanti, donde mereció la misma benévola acogida del pobre monarca negro, enfermo á la sazón de lepra.

Penetró en uno de los afluentes del Zambesa, el rio Chiré. En su camino encontró poblaciones de originales y diversas costumbres.

Algunos indígenas enloquecen por los adornos, y llevan sortijas en todos los dedos y anillos en las piernas, de latón, cobre ó acero. Las mujeres llevan en el labio superior un

anillo llamado *pélelé*, cuyo diámetro es de cinco centímetros.

Al aproximarse al lago Nyassa se atraviesa por países que han sido cruelmente explotados por los trahentes portugueses. Cada aldea, á la vista de los viajeros, tomaba una actitud amenazadora. Por este motivo, en las orillas del rio Chiré, creyendo los indígenas tener á la vista á los negreros, se reunieron en actitud amenazadora. Escondidos detras de los árboles, seguian con mirada irritada á los viajeros, con el arco tendido y prontos á lanzar sus envenenadas flechas. A cada paso era preciso parlamentar; pero cuando Livingstone alcanzaba el que cesase la desconfianza, los habitantes se mostraban hospitalarios y cariñosos.

Los viajeros encontraron algunas inteligencias privilegiadas; pero, en general, ¡qué ignorancia, que supersticion, qué embrutecimiento y servilismo! Los pueblos aún creen, en estas comarcas primitivas, en el derecho divino de sus jefes, y éstos abusan de él sin piedad. Un soberano, aún más neciamente orgulloso que los otros, no pretende ser tan solamente el representante de la divinidad, sino su encarnacion misma. Al suceder á su padre sintió que se volvía dios. Los súbditos imbéciles de este imbécil tirano no ponen en duda, ni por un solo instante, su infalible poderío. Les decia: «Podeis bañaros sin temor en el Chiré, los cocodrilos no os tocarán. Se lo tengo prohibido.» Y el dichoso pueblo se zambullia con toda confianza en el rio.

Sin embargo, no todas las tribus tienen tan estúpida veneración á sus jefes. No es raro oír hablar de una manera poco respetuosa. « Mejor se gobernaría uno solo; ¿para qué sirven los jefes? ¿Para qué los tenemos? ¡El nuestro no hace absolutamente nada; se ceba! Nosotros, que hacemos un penoso trabajo, ¡tenemos hambre!» Las protestas no van más allá de las palabras; pero las relaciones con los europeos producirán, algún día, un espíritu de revolución que, confesémoslo, será muy justificada.

La fauna de estas comarcas del Africa no era ménos rica que la de las regiones visitadas ántes por Livingstone. Las húmedas llanuras que rodean á los grandes lagos están literalmente cubiertas de pájaros acuáticos de todas clases. Cuando vuelan en bandadas, su número es tan grande que oscurece los rayos del sol. Lindos pájaros, rojos unos, encarnados los otros, revoloteaban sobre las enramadas; las garzas se posaban en los lomos de los búfalos y de los elefantes; los marabutos se paseaban gravemente, explorando los pantanos, en medio de bandadas de patos. Todos estos huéspedes de los grandes lagos veían pasar al vapor con más sorpresa que temor: la mayoría no trataba ni áun de huir; algunos acercábanse demasiado al lado de los viajeros. Mas apénas se dispararon algunos tiros, cuando desapareció esta confianza. Esparcióse la soledad alrededor de Livingstone y sus compañeros; como si los primeros aco-

metidos hubiesen avisado á los demás, todos estos animales se alejaron de sus sitios, llegando á hacerse invisibles.

Penetraron en el lago Chirona, próximo al lago Nyassa, hácia el Este. Una tempestad amenazó seriamente la vida de Livingstone y sus camaradas. Horrorosas oleadas se precipitaban unas sobre otras: sus espumosas y blancas ondas caían detrás de ellos. Dos horas permanecieron en inminente peligro de muerte. Una nube baja y sombría, de extraña forma, descendió de las montañas y se detuvo precisamente sobre la cabeza de los pasajeros; bandadas de chotacabras aleteaban durante la tempestad como aves de siniestro augurio. Los remeros, completamente rendidos, se habían arrojado al suelo sin fuerzas para sostener el vapor contra el oleaje cada vez más fuerte. Los ribereños y el resto de la escolta exclamaban desde lo alto de las rocas: «¡Están perdidos! ¡están muertos!» Por último, la tormenta se calmó algo, dándoles tiempo para ganar la orilla.

Ninguna población está tan aglomerada en Africa como la de las orillas del lago Nyassa. Los indígenas corrian á ver pasar el vapor, y no dejaban de mirar á los *Chirombos*: tal es el nombre que dan á los europeos; en su idioma, *chirombos* quiere decir animales salvajes. Pero su alegría suprema era cuando veían comer á los extranjeros. Cuando se consagraban á esta importante ocupación, un círculo numeroso de ne-

gras cabezas se formaba alrededor de ellos. Observaban hasta sus menores movimientos, exhalando á cada instante gritos de sorpresa ó risas estrepitosas.

En general, Livingstone no tuvo más que motivos de alabanza por la hospitalidad de los indígenas, que llegaban frecuentemente para poner á sus piés el producto de la pesca de todo un dia. Tan solo una vez fueron indignamente desbalijados nuestros viajeros, en las cercanías de un puerto frecuentado por los tratantes negreros.

Hallábanse durmiendo: favorecidos por la oscuridad de la noche, los ladrones pudieron deslizarse hasta el centro mismo del campamento; cogieron todo lo que pudieron de las acémilas y las ropas. Tuvieron, no obstante, algun escrúpulo: dejáronse un par de botas, un barómetro, plantas secas y un pantalon.

Grande fué el disgusto que experimentaron las víctimas al despertar, y mayor todavía su embarazo. Era preciso conformarse con su suerte; se redujo el vestido á lo más indispensable..... ¡hace tanto calor en Africa!

Livingstone habia conseguido el objeto que se propuso en esta segunda excursion; tornó á Inglaterra en 1864, y publicó la relacion de su nuevo viaje, bajo este título: *Exploracion del Zambese y sus afluentes, descubrimiento de los lagos Chirona y Nyassa, 1858-1859.*

Nuestro heróico viajero habia, sin embargo, pagado bien caro sus conquistas científicas. Algunos de sus compañeros, su hermano Cárlos y su mujer, la inteligente y cariñosa compañera de sus empresas, habian muerto, víctimas de la insalubridad del clima.

(Se concluirá.)

CRUELDAD CON LOS ANIMALES.

El niño es despiadado, ha dicho La Fontaine. El genio del mal, ¿será innato en el corazon del hombre? Á veces se cree así, viendo la crueldad de los niños del pueblo, y el maligno placer que encuentran en atormentar á un animal inocente y tímido, porque no se dirigen más que al sér débil, que no puede defenderse ni ven-

garse. Sin embargo, no está en la naturaleza del niño esta fria cualidad; la debe al hombre, que se la enseña. ¿Qué sentimientos generosos pueden desarrollarse en su corazon cuando asiste á esos espectáculos de dolor que son la diversion del hombre?

Unas veces son perros encarniza-

dos á los que excita á la pelea; otras irrita la noble rivalidad de dos gallos, y no queda satisfecho hasta la muerte de los combatientes. Si hay fiesta en el pueblo, jóvenes contendientes se disputan el premio de la destreza; pero, ¿cuál es el objeto que se proponen? La muerte de un desgraciado animal al que hacen sufrir con la más cruel alegría, el más horroroso suplicio.

El hombre ha domado al caballo, sin el cual no podría trasportar grandes cargas ni dar al guerrero la terrible rapidez en los combates. Este hermoso animal, que es el lujo de los palacios y las riquezas de su granja, es más sensible que otros al buen trato, á las palabras dulces, á las caricias de su amo. Su docilidad, siendo tan superior por su fuerza, debería desarmar la mano del hombre. Algunos pueblos lo han comprendido así: en Inglaterra estaba prohibida la crueldad con los caballos, y el conductor brutal no podía impunemente castigarlos en la vía pública, pues el látigo apenas se usa. En Francia y en España no sucede así, pues en las ciudades y en los campos, las calles y los caminos, resuenan sin cesar gritos de furor, imprecaciones, golpes repetidos. ¿Quién no ha visto á esos feroces carreteros siempre con la amenaza en la boca, con el instrumento del suplicio en la mano, castigar en el noble animal sujeto, las faltas de su propia torpeza? Se exige al caballo que dé todo su ardor, toda su fuerza, más de lo que puede dar, y si la

naturaleza se opone á su valor, su amo, injusto, se venga, castigándole; «es preciso corregirle», dice, encendido en cólera, al que se permita reprenderle; y para corregirlo le llena de golpes. Un caballo cae, porque se resbala, ó porque su conductor le guía mal, y un latigazo le levanta. Si exasperado por este maltrato se subleva un momento y se niega á obedecer, con un furor desesperado le castiga nuevamente por su legítima defensa. Hay algunos caballos que, á causa de tantas injusticias y crueldades, cámbianse enteramente; de dulces y apacibles se vuelven soberbios y terribles, pierden el cariño al hombre y le odian; experimentan una alegría real al vengarse y al herirle á su vez con las armas que les ha dado la naturaleza. Algunas veces tratan de satisfacer su venganza con la sangre de sus enemigos, mordiéndoles y olvidando la repugnancia que les causan los alimentos animales.

Nadie ignora cuánto se puede obtener del caballo por la dulzura y el buen trato. Sucede con los animales lo que con el hombre: el maestro que fuese con sus discípulos duro, inflexible, inexorable, que mezclara á las reprensiones que debe dirigir algunas veces amenazas, golpes, tratamientos crueles; que abusara de su fuerza para dominar á sus discípulos indefensos, les haría perder, ciertamente, su carácter bueno y amable, se acabaría la franqueza y la alegría de la juventud, se volverían temerosos, sombríos, disimulados,

se harian rencorosos contra su tirano, y cesaria el placer del estudio, convirtiéndose en un suplicio, porque el temor del castigo y el miedo al mal trato quitarian á su espíritu toda su tranquilidad y satisfaccion. Hé aquí la razon de la necesidad de saber contener la ligereza tan natural de la infancia, pues dominándola se pueden reprimir sus caprichos, apaciguar sus pequeños temores y corregir, en fin, todos sus defectos nacientes; con la dulzura, pero dulzura sin debilidad, es como debe acostumbrarse á la infancia á comprender y á estimar sus deberes. Sin duda alguna, si á los niños se les sujetase los brazos y las piernas, no

se moverian y no se oiria el menor ruido en clase.

Si se les impone silencio por el terror y el castigo, la leccion será silenciosa, pero su alma, disgustada, no será ya susceptible de emociones generosas, y no conocerán otro freno contra el mal que la fuerza y la tiranía, convirtiéndose en pequeños tiranos cuando sean fuertes, ó en hipócritas y astutos cuando sean débiles. Triste sistema de educacion; más cómodo, sin duda, para el maestro, porque un golpe se da con más facilidad que una leccion de moral; pero sistema peligroso para el niño que lo sufre, y degradante para el profesor que lo adopta.

TH. LEBRUN.

LA MADRE.

No existe en este mundo
Llama más pura,
Amor más verdadero
Ni más ternura,

—
Que el amor que una madre
Concibe un día
Por el hijo adorado
Que Dios le envia;

—
Amor de los amores,
Cariño santo;
¡Nadie como una madre
Nos quiere tanto !.....

Es ella, con su niño
Siempre afanosa,
De todas las mujeres
La más dichosa.

—
Ella, con indecible
Placer, le cuida;
Y hasta sufre la muerte
Por darle vida.

—
Por quitarle una pena
Pasa un tormento,
Y por él le halla goces
Al sufrimiento.

¿Quién sino ella le mece?
 ¿Quién le consuela?
 ¿Quién pasa, si está enfermo,
 La noche en vela?

No hay para ella momento
 Más venturoso,
 Ni otro niño que sea
 Como él de hermoso.



Ni halla encantos más grandes
 Ni más sinceros
 Que mirarse en sus ojos
 Tan hechiceros;

A rezar y á ser bueno
 Su amor le enseña,
 Y con el hijo suyo
 Durmiendo sueña.

Que el amor de las madres,
 Siempre infinito,
 Es el amor que vive
 De Dios bendito;

¡ Amor sencillo y puro
 Como las flores,
 Amor el más hermoso
 De los amores !.....

RICARDO SEPÚLVEDA.